

cálculo. Una ojeada sobre esta manera de vivir, que se ajusta á la idea de «salvajismo» más que la de otro pueblo alguno, será, por ende, el medio más natural para aprender á conocer este carácter.

El concepto de pueblo cazador abarca por completo la vida de los bosquimanos en todas las épocas y situaciones. Los bosquimanos son el pueblo más decidida y exclusivamente y al propio tiempo más hábil cazador de cuantos se conocen. Por un lado, su cuerpo pequeño, flaco y nervioso, la finura de sus sentidos y su aptitud para soportar el hambre y la sed, son condiciones las más favorables para este género de vida, por otro lado, ningún pueblo presenta tan marcada la influencia de la vida de cuanto le rodea y de la necesidad de sustentarse cazando y cogiendo animales. El cazador, escavo de la caza, se ve obligado á cambiar con ésta de residencia: sólo puede vivir en pequeños grupos, pues los animales huyen de las grandes agrupaciones; además de que la caza en un espacio reducido sólo puede proporcionar sustento á pocos habitantes. Esta vida influye desfavorablemente en el aumento de población, pues las mujeres embarazadas y los niños acompañan á los hombres en todas sus fatigas, careciendo por ende casi por completo del reposo y de los cuidados necesarios. Falta, pues, entre ellos condición de existencia tranquila, única que permite conservar las conquistas de la civilización, existencia que encontramos en las agrupaciones de gran número de hombres formando comunidades ó confederaciones de razas, por muy flojos que sean los lazos que las unen. En aquellas relaciones, quiense desenvuelven el individuo, nola sociedad; de aquí el admirable perfeccionamiento de todas las aptitudes que el individuo necesita para la consecución de sus fines en esa vida salvaje y en medio de esta carencia absoluta de lo que se llama instinto social. Una gran energía de sentidos, una resistencia corporal admirable, una aptitud para sufrir toda clase de molestias, una confianza ciega en sí mismo que engendra una temeridad obstinada, rayana en desprecio de la muerte, y un conocimiento de la naturaleza que les permite explotar sus más escondidos recursos en proporciones que encontramos en muy pocos pueblos: he aquí los rasgos característicos fundamentales de este pueblo, el más genuinamente cazador de todos.

Estos rasgos, mirados desde el punto de vista de la civilización, no son muy laudables, antes bien en su mayor parte son contrarios á los intereses de la misma; pero una cosa los ennoblece, cosa que en igual grado es propia de animales, el amor á la libertad. El bosquimán, que por sus dotes y por su manera de vivir aparece en el grado más bajo de los pueblos africanos, está muy por encima de todos ellos en su amor indomable á la libertad. Al revés de sus afines los hotentotes, que se acomodan gustosos á ser criados ó esclavos, la naturaleza del bosquimán no se dobla al yugo de la esclavitud, y si se ve reducido á ésta, nunca le abandona el salvaje afán por la libertad que caracteriza á los verdaderos hijos de la naturaleza. Todo lo que puede restringirle le es odioso; así es que no sólo por necesidad, sí que también muchas veces movido por el odio y por la sed de destrucción, declara la guerra á todo aquello que, por parte de los blancos y de los negros, quiere poner límites á este enérgico impulso, y especialmente se la hace á los rebaños, por cuya causa han de retirarse cada vez más los animales que son objeto de su caza. El bosquimán se ha distinguido siempre como ladrón de reses. Los intereses de los hotentotes y de los blancos en el Cabo están tan íntimamente ligados con sus rebaños, que la destrucción de éstos basta por sí sola para estigmatizar al bosquimán como enemigo común. Lo que pone á éste fuera de la ley y le coloca

en cierto modo fuera de lo humano, es la crueldad con que lleva á cabo sus rapiñas: puede decirse que el bosquimán es el anarquista de los sud africanos. Gracias á las antiguas descripciones, sabemos que tiene por costumbre, cuando no puede llevarse consigo la res robada, matarla ó hacerla perecer cruelmente cortándole los nervios de los talones. En 200 años nada han mejorado. A estos impulsos hay que atribuir sus mortíferos ataques contra los pastores ó los hombres aislados que penetran en su territorio.

Ya se comprenderá que unos hombres cuya industria consiste en matar, aun cuando sólo fuera matar animales, no pueden sentir compasión alguna hacia los animales domésticos, que igualan á las fieras. Hay pocos pueblos salvajes tan faltos como éste de sentimientos compasivos, que aparecen cuando menos aisladamente en casi todos aquéllos. El problema reviste un carácter social, pues el bosquimán es un individuo que se sale de toda organización social: de ésta no tienen la menor noción, ni por lo que á ellos mismos se refiere, ni por lo que atañe á aquellos pueblos que les parece ser enemigos por la sola razón de que hablan un idioma diferente y tienen distintas costumbres. Su única propiedad son sus armas. Sus lazos de familia son extremadamente flojos. ¿De dónde, pues, habían de venirles los sentimientos de conmiseración? Además de esto, la naturaleza no ha dotado al bosquimán de condiciones suaves, antes bien su alma se ha asimilado algo de la dura y seca nerviosidad de su cuerpo. Muchas veces cabe dudar de que los bosquimanos tengan humanos sentimientos. Livingstone cita un anciano bosquimán como ejemplo de hombre desprovisto, en apariencia, de todo sentido moral, de todo sentimiento noble de conciencia. «Cuando nuestros presentes de carne hubieron inflamado su corazón, refiriéronos al amor de la lumbre sus antiguas aventuras y entre ellas los asesinatos de cinco bosquimanos. — Dos, — decía contando con los dedos, — eran mujeres, uno hombre y dos niños. — ¡Cuán vil sois en alabaros de haber matado mujeres y niños de vuestro propio pueblo! ¿Que dirá Dios, cuando comparezáis delante de él? — Dirá que fuí un hombre fuerte. — Este hombre — prosigue diciendo Livingstone — me pareció falto de toda conciencia y desheredado por la naturaleza de todo sentimiento de responsabilidad. Cuando procuré en ulteriores diálogos ilustrarle algo, descubrí que si bien aplicaba la palabra con que los betschanos designan á Dios, se refería simplemente á un caudillo, Sekomis, que le había enviado contra una horda de bosquimanos levantiscos.»

El bosquimán tiene realmente un alma más dura que el hotentote ó el negro: así lo prueban su crueldad, pero también su valor, del cual se cuentan historias fabulosas. Niños bosquimanos que agarran por la lengua á los animales carnívoros; cazadores que sin arma alguna persiguen á los leones, atrayéndolos previsoramente al punto deseado; individuos que con sus primitivos arcos hacen frente á toda una horda de blancos; tales ejemplos y otros análogos se encuentran con frecuencia en todas las descripciones de viajes por el Cabo. Más importante es todavía lo que dicen los habitantes de ese país. A menudo — dice G. Fritsch — me han asegurado los hombres conocedores del país, que llevando á su lado una docena de bosquimanos, no temen á cien cafres: yo mismo apostaría, en este caso, á favor de los primeros. Dadas estas circunstancias, se comprenderá que el miedo desempeña un gran papel en los sentimientos que hacia los bosquimanos abrigan los demás pueblos, y ha contribuído también á la destrucción de los bosques del Sud de África, pues los colonos, para evitar que se les acercaran furtivamente los bosquimanos, han hecho desaparecer

todas las selvas que cerca de sus residencias se extendían.

El abundante caudal de inteligencia que en el seno de cualquier grupo de hombres naturales facilita á éstos la transición á un estado civilizado, aparece, como se ve, mezclado en los bosquimanos, pues rara vez pasan á un estado «domado», y más raras son todavía las veces en que perseveran en él. En cuanto á los bosquimanos que se han unido á los blancos, de tal manera se sospecha que provienen de una mezcla, que muchos críticos dudan, aun actualmente, que en la colonia del Cabo exista un solo bosquimán puro. No podemos pasar por alto un bosquejo del bosquimán trazado por mano cafre, que se encuentra en una de las narraciones cafres que nos ha hecho conocer el misionero Callaway. «Los abatoas son mucho más pequeños que otros hijos de hombres; se ocultan debajo de la hierba y duermen en los hormigueros; andan en medio de la niebla; viven en los más elevados peñascos; carecen de aldeas (es decir, de residencias fijas), y su patria es el terreno donde matan animales: todo lo destruyen, después de lo cual prosiguen su camino. Tal es su modo de vivir.» Y añade luego el mismo narrador: «Son muy temidos, no por su corpulencia ni por su aspecto humano, pues antes al contrario ni tienen forma de hombres ni están dotados de corpulento cuerpo; son seres microscópicos que se esconden debajo de la hierba. El cazador conoce de improviso la proximidad de un abatoa, cuando se siente herido por la flecha de éste; pero el que es alcanzado por una de estas flechas no ve al que se la ha disparado. Los abatoas son como las moscas á las que no se ve venir.» Un conocedor del autor de esta descripción y del objeto descrito añade: «Este bosquejo es algo rudo en sus trazados, es verdaderamente cafre, pero gráfico: en él se pintan los principales rasgos de los bosquimanos.»

Es muy digno de notarse que la historia tan accidentada de las misiones del Sud de África, en ningún territorio haya tenido un éxito tan desgraciado como en el de los bosquimanos. Estas misiones comenzaron por la del río Zak, organizada por un campesino llamado Florns Fischer, quien creyó ver entre los bosquimanos el deseo de recibir una instrucción religiosa, y fué uno de los primeros de su instituto que procuró, por medio de nobles pactos, apartarlos de sus costumbres rapaces y destruir la causa fuente de interminables luchas. Pero la estación que gracias á sus esfuerzos se estableció en el río Zak, sólo pudo atraer á los bosquimanos haciéndoles ricos presentes de tabaco: los pocos de ellos que le permanecieron fieles fueron constantemente molestados y amenazados por sus compatriotas, y la vida del primer misionero, un alemán llamado Kicherer, estaba expuesta á continuos peligros. En consecuencia, esta misión hubo, en 1806, de ser abandonada, sucediendo lo propio con las otras misiones que poco después se fundaron en Toornberg (hoy Colesberg) y en Hephzibah y posteriormente en el río Caledon. Unas veces las hostilidades de los salvajes bosquimanos, otras las luchas con los colonos de las cercanías, y siempre la poca afición de los que habían de ser catequizados á una vida tranquila y laboriosa, hacían inútiles todos los esfuerzos; siendo muy de notar que la última de las referidas estaciones comenzó á florecer, cuando abandonada completamente por los bosquimanos se convirtió en misión de betschuanes. Con este carácter, y bajo el nombre de Bethulia, dirigida por misioneros protestantes franceses, consiguió algunas ventajas. Entre éstas y aunque no tuviera otro móvil que la pura curiosidad del protagonista, merece citarse el hecho que refiere Casalis como presenciado por él, á saber, que un caudillo betschuanes «algo filantrópico» reunió un cierto nú-

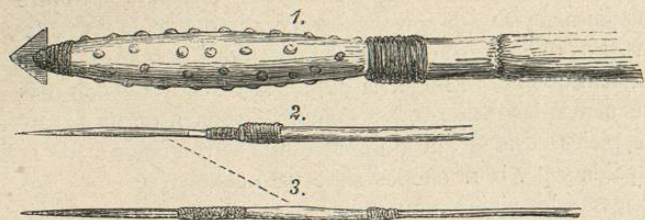
mero de bosquimanos, les dió ganados y les hizo cultivar la tierra: á las dos ó tres generaciones estos bosquimanos habían sufrido una transformación y en estatura y «contornos musculares» en nada se diferenciaban de los hotentotes más bien formados.

El bosquimán se viste de una manera muy incompleta, cosa que ciertamente no está en relación con la crudeza del clima de sus residencias, confirmando con ello el principio de que el traje de los pueblos naturales no depende en primer término de las necesidades climatológicas, sino del grado de cultura. El bosquimán se contenta, las más de las veces, con un pedazo triangular de piel que se pasa por entre las piernas y se ata con una cuerda al rededor de las caderas. Los que viven cerca de los hotentotes toman de éstos el jakal que cubre mejor la desnudez y que llevan con más frecuencia las mujeres. No siempre disponen de un kaross de pieles cosidas que durante el día llevan colgado de la espalda y por la noche les sirve para envolverse en él. No exageran los viajeros que explican esta pobreza en el vestido como debida en parte á la costra que la porquería forma en algunos puntos del cuerpo de los bosquimanos. Lichtenstein describe á los primeros bosquimanos que vió, del modo siguiente: «El color de su piel sólo se distinguía en muy pocos sitios, pues una espesa capa de ceniza y de grasa cubría, á manera de corteza, sus rostros y sus flacos miembros. Únicamente debajo de los ojos á menudo cubiertos de lágrimas á consecuencia del humo del fuego á cuyo alrededor gustan sentarse, aparecía un pequeño espacio limpio, por el cual podía reconocerse el verdadero color amarillo de aquélla.» Todos los que desean estudiar el color de la piel de los bosquimanos, se lamentan de la imposibilidad de reconocerlo debajo de la costra que la cubre, debida en parte á la dejadez y en parte á las unturas que se dan. Los bosquimanos parecen estar perfectamente convencidos de la utilidad de esta oscura corteza que les cubre, pues uno de ellos á quien se hizo notar la costra sucia de su piel, dijo, según refiere Th. Hahn: «La porquería caliente.» En los bosquimanos que han sentido la influencia de la «cultura hotentote» aquella costra es producida por las unturas que se dan con el tan apreciado unguento buchú: en los bosquimanos primitivos es debida á las costumbres sucias, pues una de las que más generalizadas encontramos entre ellos es la de preparar su lecho con arena y ceniza calentadas por medio de hogueras encendidas sobre estos materiales, ó la de acostarse en hormigueros.

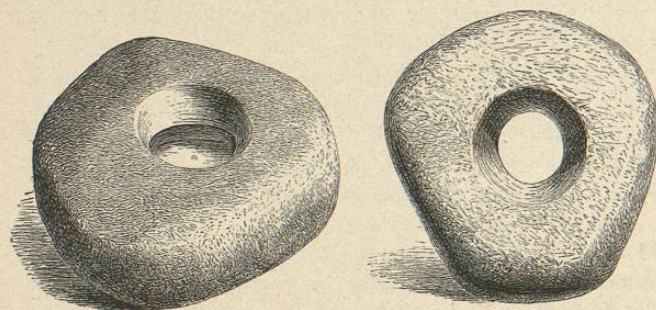
Las vestiduras de la mujer son por regla general más completas que las del varón y están provistas de franjas de cuero. Para diferenciarse de los hombres, han convertido las mujeres el kaross en una especie de capa, con la cual abrigan á los niños. Así los hombres como las mujeres suelen usar sandalias de piel ó de corteza tejida, pero con frecuencia atraviesan descalzos terrenos cubiertos de maleza ó ardientes arenas. Los adornos son entre ellos pocos en número y de escaso valor, reduciéndose á algunos anillos de latón ó de hierro, á una cadena de perlas oscuras, que las tribus vecinas estiman en poco y que los bosquimanos reciben de éstas á cambio de servicios ó de los europeos á cambio de plumas de avestruz y de pieles, y á algunos trozos de latón ó de hierro que llegan casualmente á sus manos y con los cuales se adornan el cuello ó los cabellos. Más naturales son en ellos los adornos que se confeccionan con los trofeos de sus cacerías, tales como plumas, colas de liebres que se colocan en la cabeza, dientes, garras, cuernos, conchas que se ponen en el cuello ó en los brazos. En unos cuernos pequeños de cabra, ó en la bonita concha de la tortuga terrestre, llevan colgados en el cuello ó en el cinto el tabaco, los

ungüentos ó los amuletos dotados de misteriosas propiedades curativas. Una cola de chacal puesta en un palo hace las veces de nuestros pañuelos de bolsillo.

Más necesarias que los adornos y que el vestido son, en el equipo del bosquimán, sus armas: de los primeros puede prescindir en parte ó por completo, y de aquí que en ese pueblo se encuentren individuos que los usan con gran parsimonia, y aun puede afirmarse que el bosquimán, dada la modestia de sus aspiraciones y su gran resistencia, puede pasarse perfectamente sin ellos. En cambio, sus armas le proporcionan y le facilitan el sustento, siendo á la vez casi el



Flechas (según Wood): 1, flecha, con punta de hierro, de tamaño natural; 2 y 3, flechas envenenadas, de tamaño reducido



Palo escarador y pesas de piedra. (Museo etnográfico, Berlín)

único y siempre el más notable de todos los productos de su habilidad artística. Estas armas son el arco, la flecha y la maza arrojada (*kirri*): el arco y la flecha son las armas nacionales del bosquimán, que es el único de todos los sud-africanos que sabe confeccionarlas y utilizarlas muy hábilmente. El arco tiene, por lo común, una longitud de 5 pies, de suerte que es más alto que el mismo hombre que lo usa, y consiste en un palo de recia madera, convenientemente encorvado y algo más grueso en su centro, cuyos extremos están unidos por un tendón del espesor de una paja formado con tripas de animales (según Sparrmann, con las de un gato salvaje). Flechas las hay de distintas clases: las más comunes están fabricadas con una caña del grueso de un dedo, bien atadas con hilos para que no se rajen, y en su extremo inferior tienen una muesca para poder ser convenientemente apoyadas en el tendón: en su extremo superior va adherido un hueso (generalmente tomado del peroné de un antilope ó de la tibia de un avestruz) que, ó bien constituye por sí solo la punta de la flecha, ó sostiene un pedacito de hierro triangular que se adhiere á él por medio de una pieza intermedia de forma de caña. En el museo de Munich se encuentra una flecha de bosquimán, cuya punta está formada por una plaquita de cristal clavada en un palo de madera esculpido. Las flechas más sencillas son, sin embargo, aquellas cuyas puntas están formadas por las mismas cañas afiladas. Muchas veces se hace, con gran talento, una

muesca en la pieza intermedia, para que el mango de la flecha se rompa en cuanto ésta se haya clavado; otras veces se adhiere á la punta de la flecha una planchita envenenada y en forma de anzuelo que se desprende fácilmente de aquella y que queda dentro de la herida. El extremo superior es siempre pesado y las distintas partes que lo componen están atadas por medio de tendones: en el extremo opuesto, que es hueco, se clava á menudo una pluma para asegurar el vuelo. Lo que da á estas armas — con inteligencia concebidas á pesar de su sencillez — todo el valor que tienen y las hace muy peligrosas en manos de los bosquimanos, es la circunstancia de estar con frecuencia envenenadas, de lo cual nos ocuparemos luego más detenidamente. Por ahora, sólo diremos que hay distintas flechas para diversos objetos: las formadas simplemente con cañas afiladas sirven para cazar animales pequeños, las que tienen puntas de hueso para animales grandes, las que están provistas de puntas de hierro para las grandes fieras, en el número de las cuales cuenta el bosquimán al hombre enemigo. Según esos mismos blancos de su puntería envenenan ó no sus flechas: las primeras no están envenenadas, en cambio las últimas contienen veneno en abundancia. La longitud de las flechas varía entre 2 y 3 pies.

Se ha exagerado mucho la distancia desde la cual puede el bosquimán hacer blanco, debido á la tendencia que siente el hombre civilizado á abultar las fuerzas que el hombre de la naturaleza puede desarrollar en punto al cuerpo y á los sentidos, tan perfeccionados en él. El bosquimán da en el blanco á 60 y 80 pasos, lo cual es más que suficiente para un cazador que, como él, tiene el oído sumamente fino y se mueve sin hacer el menor ruido: á una distancia mayor (pues hace llegar sus flechas hasta á 200 pasos) el incalculable recorrido de su proyectil hace que pueda dar en los objetos verticales, pero no con tanta seguridad en los horizontales. Las flechas y el arco traen necesariamente consigo el carcax, que está hecho con corteza de *Aloe perforata* (el árbol koker de los boers) ó con cortezas de árboles, y que tiene fondo y tapa de cuero, y muchas veces está cubierto totalmente de éste. Sparrmann vió algunos carcax, cuyo borde estaba guardado con la piel de una serpiente amarilla y venenosa. Uno de estos carcax contenía unas 30 flechas y además un pedazo de madera desbrindado en uno de sus extremos, á manera de pincel, para poner el veneno, las maderas para encender fuego y á menudo también una piedra para afilar las flechas. Cuando están en guerra ó van de caza, suelen ponerse los bosquimanos las flechas al rededor de la frente á modo de rayos, para poderlas lanzar con más facilidad y también para espantar al enemigo. Arma más secundaria es la maza, ó mejor el rodillo (*kirri*), palo de medio metro de largo con un puño fuerte y grueso, hecho con la dura madera de la acacia jirafa, que se utiliza como bastón arrojado y contundente. La azagaya y el cuchillo son de importación extranjera. Completan el equipo del bosquimán una alforja, sin costura, de piel de antilope; una red de fibras de mimosas, en donde coloca las provisiones, especialmente el agua que lleva en cáscaras de huevo de avestruz tapadas con hierbas ó también en pellejos; y el palo escarador al cual se aplica una piedra agujereada para hacer más fuerza en la punta y facilitar con ello la escaradura de las raíces ó de los animales ocultos debajo de la tierra, y aun para construir buitrones.

El bosquimán no tiene, por regla general, viviendas por él mismo construídas, ni siquiera tiendas de piel como las que poseen otras tribus nómadas, y busca las hendiduras de las peñas, las cavernas, los sitios resguardados debajo de alguna roca saliente, y cuando tales cosas no encuentra, se

echa en cauces de río secos, ó en la cueva abandonada de algún myrmecofayo. En este punto, constituye un progreso el hecho de encurvar en la tierra una rama de arbusto, entretejiendo con ella otras ramas y musgo, formando con el todo una especie de biombo, debajo del cual se fabrica un lecho con musgo y hojas secas. Raras veces llega el bosquimán á construirse una cabaña: cuando permanece mucho tiempo en una comarca, á causa de la abundancia de caza que encuentra, y no halla en ella ningún refugio natural, se contenta con clavar estacas en el suelo y cubrirlas con ramas, cañas y pieles, proporcionándose de esta suerte algún abrigo: en estos casos las mujeres se dedican á tejer esteras. Pero el sistema de vida de los bosquimanos hace que estas viviendas no subsistan durante mucho tiempo. En las peñascosas comarcas de los Estados libres agrícolas, por el contrario, para construirse lugares permanentes de abrigo y seguros, tienen que formar una cerca con piedras colocadas simplemente unas al lado de otras y rodear estos recintos



Cuchillo envenenado con jugo seco (Museo de la Casa de Misiones, de Berlín)

toriamen inferiores al bosquimán, falta en éste por completo, lo cual es debido á que la poca facilidad que ofrecen sus productos para ser transportados según las necesidades de la vida nómada, hace de aquella «un arte perdido». Para la ocupación, que con la caza y sobre todo con el hallazgo de alimentos constituyen toda la existencia del bosquimán, es decir para la acción de comer, no necesita éste más que del fuego, que al igual de otros pueblos naturales, se proporciona frotando dos pedazos de madera, uno duro y otro blando. El pedazo blando es plano y tiene algunos agujeros; el duro forma un palo algo hueco en su parte inferior y en su parte superior metido en un hueso largo para facilitar la rápida rotación del mismo por uno de aquellos agujeros. Mientras el pie sostiene el trozo plano, las manos hacen girar el palo hasta que se desarrolla calor suficiente para prender fuego á la yesca entre uno y otro colocada: una segunda persona convierte el fuego en llamarada por medio de materiales de fácil combustión. La preparación de la carne al fuego se hace generalmente arrojando á éste y teniéndolos en él por poco rato los pedazos de aquella, más para darles el sabor de quemado que para cocerlos realmente. Raras veces se sacan las tripas á los animales para cocerlos. Th. Hahn dice haber visto á unos bosquimanos arrojar al rescoldo una liebre con pelo y piel. En cuanto á animales crudos, sólo come el bosquimán insectos, especialmente los piojos y los tan estimados huevos de hormigas blancas: el alimento que más prefiere es la caza, pero se contenta con cualquier cosa comestible sin mirar si tiene mejor ó peor aspecto y sin cuidarse de si es de fácil ó difícil digestión, comiendo con gusto lagartos, serpientes — incluso las llamadas venenosas, cuyo veneno le sirve para untar sus flechas — ranas, gusanos, orugas y larvas. La miel es uno de sus manjares predilectos y, al igual que los australianos, los bosquimanos consideran como pertenecientes en primera línea á su familia ú horda las colmenas que descubren, apareciendo en este caso muy marcado el instinto de propiedad, que apenas se deja ver en otras cosas. El reino vegetal le proporciona bulbos y raíces, cuya existencia adivina, aun cuando no aparezca nada en la árida superficie, por algunos restos de hierbas ó por el sonido hueco que produce el suelo al ser

golpeado por su kirri. También come, á pesar de ser muy amargas, las sandías, cuyo jugo constituye á menudo el único recurso para apagar su sed. El bosquimán, como el hotentote, es un fumador apasionado: cuando se le va acabando el tabaco hace con éste una decocción y con ella humedece ciertas hojas, cuyo humo le proporciona un gusto análogo, aunque menos fuerte (Campbell).

En medio de esta frugalidad sin ejemplo ¡cuánto sabe y puede el bosquimán! Con razón se ha calificado su carácter de extravagante. ¡Cuánto más cómodamente podría vivir si supiese explotar su sorprendente conocimiento de la naturaleza, cuyos dones todos ha probado, hasta los más miserables y repugnantes! Mas para ello hubiera de deponer algo de su libertad salvaje, y este es precisamente el hilo que le une á su existencia accidentada, mezcla de miseria y de placer.

Este pueblo enigmático es un conjunto extraño de habilidad y artes. El bosquimán tiene poco de imponente y fuerte, como no sea en las ocasiones en que de repente muestra un valor desesperado: sus habilidades pertenecen al lado débil de la inventiva, sólo estimulada por una necesidad extrema, tiene la astucia del que carece de fuerza; disimula é imita bien. Ya hemos hecho observar la pequeñez y pobreza de la estructura corporal, habiéndonos, sin embargo, guardado de caer en ninguna de aquellas exageraciones en que incurren algunos viajeros que influidos por una filosofía naturalista ven de antemano, por idea preconcebida, en los bosquimanos la parte más inferior de la humanidad, es decir la semejanza á los monos y por ende una raza destinada á ser destruída por sus «hermanas», que se encuentran á mayor altura. Hemos, asimismo, procurado describir sus residencias. Teniendo una y otra cosa en cuenta, y por muy mesurado que sea el estudio que se haga, no puede negarse que la naturaleza apenas ha dotado á ningún otro pueblo más pobremente, ni puesto en peores condiciones para sostener la lucha por la existencia. Muchos más atractivos ofrece el estudio del medio y del camino que empleó ese pueblo para ayudarse á sí mismo en medio de su abandono. Poco apto para dominar por la fuerza de su brazo al enemigo ó para matar la caza que para alimentarse necesita, el